Combates y guerras 15/03/2013

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Mientras escribía estas líneas, se estaba firmando, vía la plataforma [www.change.org](http://www.facebook.com/l.php?u=http%3A%2F%2Fwww.change.org&h=nAQEpS4ey&s=1) , una petición para solicitar se respete el horario de protección al menor de dos de los programas de concursos más populares de la televisión, que no solo compiten por el ráting, sino que llevan nombres igualmente beligerantes: “Combate” y “Esto es guerra”.

Dichos programas –cuyo público objetivo está definido por púberes y adolescentes– combinan los clásicos formatos de concurso y de ‘reality show’, cuya finalidad es acercar al espectador –cada vez más exigente– a los personajes que aparecen en la pantalla. Para ello, atractivas jovencitas en bikini interactúan con galanes atléticos con el torso descubierto, quienes no solo compiten en pruebas que recuerdan películas de acción, sino que exhiben sus pleitos, romances, frustraciones y deseos.

Resulta evidente la carga erótica que se despliega en ambos programas, lo que de hecho moviliza a un buen número de padres de familia a buscar algún tipo de regulación. Pero más allá del debate sobre cuánto contenido sexual se debe aceptar en un programa que se emite en la franja de protección al menor, ¿no sería interesante preguntarnos sobre las razones de su éxito?

Dos tipos de argumentos pueden ayudarnos a entender por qué “Combate” y “Esto es guerra” tienen tanta aceptación entre los menores de edad. Por un lado, estos programas forman parte de una corriente de éxitos televisivos que nos hablan de los ideales de una nueva convivencia urbana de recientes y antiguas clases sociales. Si bien la discriminación sigue existiendo, la posibilidad de convivencia entre personas diferentes hace atractivas las sagas que muestran a los jóvenes de diversa procedencia social compartiendo los sets de televisión. Las narrativas que muestran las diferencias sociales con sus acercamientos y conflictos seducen a estos porque se encuentran con sus propias vivencias cotidianas. Por otro lado, los ideales de belleza y éxito que representan los atléticos jóvenes resultan arquetípicos: los televidentes identifican cómo deben ser y comportarse para ser aceptados socialmente. De hecho, los y las protagonistas son competitivos, bellos, sociables, alegres y extrovertidos. Son reclutados del Olimpo de lo valorado socialmente: el modelaje y el deporte competitivo.

Agreguemos que este espectáculo de cuerpos ideales de diferentes clases sociales luchando en interminables hazañas no sería exitoso si los menores de edad no encontraran posible identificarse con los protagonistas. Para ello, ambos programas –además de presentar arquetipos deseables– combinan dos de los discursos más queridos en América Latina: el humor y el melodrama, los que enganchan a los televidentes con los intercambios agresivos y románticos que los protagonistas parecen sostener más allá del juego y donde lo programado y lo espontáneo conviven en una extraña alianza.

Por ello creemos que, más allá de satanizar a “Combate” y “Esto es guerra” en el contexto del debate sobre su regulación, esta es una oportunidad para reflexionar acerca de los conflictos y afectos que tejen los jóvenes en el Perú contemporáneo.